

porque es necesario, ¿verdad? Vamos, adiós, querido mío, nuestros votos y nuestro amor te seguirán á todas partes. Las lágrimas con que está empapado este papel te dirán mucho más que lo que yo pueda expresarte. Recoge los besos que te pone aquí abajo, en ese cuadro,

»TU NATALIA».

Esta carta sumió á Pablo en un sueño causado tanto por la embriaguez que le producían estos testimonios de amor como por sus recuerdos amorosos evocados á intento, y que él repasaba uno por uno, á fin de explicarse el embarazo de su mujer. Cuanto más feliz es un hombre, más tiembla. En las almas tiernas, y decir tiernas es tanto como decir algo débiles, los celos y la inquietud están en razón directa con la dicha y su extensión. Las almas fuertes no son ni celosas, ni tímidas: los celos son dudas, el temor es una pequeñez. La creencia sin límites es el principal atributo del hombre grande. Si le engañan, dado que lo mismo puede burlarse la fuerza que la debilidad, su desprecio le sirve de hacha y lo arrolla todo. Esta grandeza es una escepción. ¿Quién no se ha visto abandonado del espíritu que sostiene nuestra débil máquina y no ha prestado entonces oídos á ese poder desconocido que lo niega todo? Pablo, fundado en ciertos hechos irrecusables, creía y dudaba á la vez de todo. Perdido en sus pensamientos, presa de una terrible é involuntaria incertidumbre, pero combatida ésta con las pruebas de un amor puro y con su creencia en Natalia, leyó dos veces esta difusa carta sin poder sacar nada en conclusión en favor ó en contra de su mujer. El amor lo mismo puede expresarse con charlantería que con concisión.

Para comprender bien la situación en que iba á quedar Pablo, es preciso imaginárselo flotando en el océano como flotaba en la inmensa extensión de su pasado, volviendo á contemplar su vida entera como quien contempla un cielo sin nubes, y acabando por volver, después de torbellinos de duda, á la fe pura, entera, sin mancha, del fiel, del cristiano, del enamorado, á quien tranquilizaba la voz de su corazón. Se hace así mismo necesario trasladar aquí la carta á que respondía Enrique de Marsay.

CARTA DEL CONDE PABLO DE MANERVILLE AL SEÑOR MARQUÉS  
ENRIQUE DE MARSAY

«Enrique: Voy á decirte la cosa más terrible que un hombre puede decir á un amigo: estoy arruinado. Cuando leas ésta, estaré próximo á salir de Burdeos para Calcuta, embarcado en el buque *Bella Amalia*. En casa de tu notario encontrarás un acta que sólo espera tu firma para estar completa, y en la cual simulo arrendarte por seis años mi palacio. Me veo obligado á tomar esta precaución para que Natalia pueda permanecer en su casa, sin temor á que la echen. Te transmito, asimismo, por cuatro años, las rentas de mi mayorazgo, en cambio de la suma de ciento cincuenta mil francos que te ruego me remitas en letra contra una casa de Burdeos, y á la orden de Matías. Mi mujer te dará como garantía el derecho á percibir mis rentas. Si el usufructo de mi mayorazgo te reembolsase esta cantidad más pronto de lo que yo supongo, á mi vuelta haremos cuentas. La suma que te pido me es indispensable para ir á probar fortuna, y, si tu amistad no me ha engañado, espero recibirla en Burdeos, la víspera de mi marcha. Me he portado como te hubieses portado tú en mi caso, y mantenídomme firme hasta el último momento, sin dejar que nadie sospechase mi ruina. Cuando el rumor del embargo de mis bienes llegó á París, reuní el dinero que pude para aventurarlo al juego. La suerte podía restablecerme aún. Perdí. ¿Cómo me he arruinado? voluntariamente, Enrique. Desde el primer día vi que no podía sostener el tren que arrastraba, sabía el resultado que aquello tenía que dar y quise cerrar los ojos, porque me era imposible decirle á mi mujer: —Dejemos París y vámonos á vivir á Lanstrac. Me he arruinado por ella á sabiendas, como otros muchos se arruinan por una querida. Entre nosotros puedo permitirme decir que no soy ni necio ni falto de carácter. Un necio no se deja dominar á sabiendas por una pasión, y un hombre que va á rehacer su fortuna á las Indias, en lugar de levantarse la tapa de los sesos, me parece que no carece de valor. Volveré rico, ó de lo contrario no volveré. Únicamente que, querido amigo, como no quiero la fortuna más que para ella, como no quiero ser engañado por nadie, como he de estar ausente durante seis años, te confío á mi mujer. Tú tienes sobrados partidos para respetar á Natalia y para

concederme toda la probidad del sentimiento que nos une. No conozco mejor guardián que tú. Te dejo á mi mujer sin hijos, y un amante sería muy peligroso para ella. Sábelo, mi buen de Marsay, amo locamente á Natalia. Creo que sería capaz de perdonarle una infidelidad, no porque yo no sea capaz de vengarla, aunque para ello tuviese que morir, sino porque me mataría por hacerla feliz el día que supiese que yo no contribuía en nada á su dicha. Pero ¿qué puedo yo temer? Natalia tiene para mí esa amistad independiente del amor, pero que no deja de participar de éste. La he tratado siempre como á un niño mimado. Experimentaba tanta dicha sacrificándome por ella, que sería un monstruo si me engañase. Amor con amor se paga... ¡Ay de mí! ¿quieres saberlo todo, querido amigo? Acabo de escribirle una carta en que le dejo creer que parto con la esperanza en el corazón, con la frente serena y que no tengo dudas, celos, ni temor, una carta como las que escriben los hijos cuando quieren ocultar á sus madres que van á la muerte. ¡Dios mío! de Marsay, ¡qué infierno! soy el hombre más desgraciado del mundo. A ti te confieso los gritos, á ti los llantos, á ti la desesperación de un amante descorazonado; preferiría permanecer seis años debajo de sus ventanas que volver millonario después de seis años de ausencia, si esto fuese posible. Sufro horribles angustias, y marcharé de dolor en dolor hasta que tú me hayas escrito una palabra diciéndome que aceptas el encargo que tú sólo en el mundo puedes llenar y cumplir. ¡Oh! ¡querido amigo, esta mujer es indispensable para mi vida, es mi alma, es mi sol! Tómala bajo tu amparo, guárdamela fielmente, aunque sea á pesar tuyo. Si, de este modo podrás hacer que mi desgracia no sea completa. Sé su protector, que yo no desconfío de ti. Pruébale que siéndome infiel será una mujer vulgar y semejante á las demás mujeres; mientras que permaneciendo honrada merecerá los elogios y el respeto de todo el mundo. Debe tener aún bastante fortuna para continuar su vida ociosa y sin cuidados; pero si careciese de algo, si tuviese algún capricho, constitúyete en su banquero, y no temas nada, que yo volveré rico. Después de todo, mis temores carecen de fundamento, porque Natalia es un ángel de virtud. Cuando Félix de Vandenesse, que estaba perdidamente enamorado de ella, se permitió algunas asiduidades, no tuve nada más que mostrar á Natalia el peligro que corría, y ella se apresuró á darme las gracias tan afectuosamente, que lloré

de emoción. Me dijo después que no convenía á su reputación que un hombre dejase de frecuentar bruscamente su casa, pero que ya iría poco á poco alejándole. Y en efecto, lo recibí después muy fríamente, y todo terminó del mejor modo posible. En cuatro años, éste ha sido el único motivo de discusión que hemos tenido, si discusión puede llamarse á aquella nuestra amistosa charla. Vamos, querido Enrique, te digo adiós. La desgracia ha llegado. Sea cualquiera su causa, lo cierto es que está aquí, que la siento sobre mis hombros. La miseria y Natalia son dos términos inconciliables. Mi activo y mi pasivo deben estar poco más ó menos equilibrados, de modo que nadie podrá quejarse de mí; sin embargo, si alguna cosa imprevista pusiese mi honor en peligro, cuento contigo. Finalmente, si ocurriese algún acontecimiento grave, puedes escribirme dirigiendo las cartas al gobernador de las Indias, en Calcuta, con quien tengo alguna amistad, y el cual se encargará de recoger mi correspondencia de Europa. Querido amigo, mucho celebraré encontrarte invariable á mi vuelta, y que sigas siendo siempre el hombre que sabe burlarse de todo, sin que deje de ser por eso accesible á la ternura de los sentimientos ajenos, cuando éstos están de acuerdo con la grandeza de su alma. ¡Tú te quedas en París! En el momento en que tú leas esto, yo gritaré: «¡Á Cartago!»

CONTESTACIÓN DEL MARQUÉS ENRIQUE DE MARSAY  
AL CONDE PABLO DE MANERVILLE

«Querido Pablo: Ya ves como te has hundido, según yo te había anunciado. Ya ves cual fué tu obra por no hacerme caso. ¿Por qué te has escondido después de mí, Pablo? Si me hubieses dicho una sola palabra, aun hubiese podido yo aclarar tu situación. Tu mujer se ha negado á garantizarme el préstamo que te hice. ¡Ojalá que este solo hecho sirva para abrirte los ojos! Si esto no bastase, sabe que tus letras de cambio han sido protestadas á petición de un tal Lecuyer, antiguo primer pasante de otro tal señor Solonet, notario de Burdeos. Este usurero en ciernes, llegado de Gascuña para hacer aquí barullo, es el testafierro de tu señora suegra, acreedora real de los cien mil francos, por los cuales la buena mujer te ha cobrado, según se dice, setenta mil francos de

intereses. Comparado con la señora Evangelista, el papá Gobseck es una franela, un terciopelo, una poción calmante, un merengue á la vainilla, un tío de comedia. Tu cercado de Bella-Rosa será presa de tu mujer, á quien su madre dará la diferencia entre el precio de adjudicación y el importe de las deudas. La señora Evangelista tendrá el Guadet y el Grasso, y las hipotecas que gravan tu palacio de Burdeos le pertenecen bajo el nombre de ciertos testafierros que ha sabido buscarle Solonet. De modo que estas dos excelentes criaturas reunirán ciento veinte mil francos de renta, suma á que ascienden las rentas de tus bienes, unido todo á treinta mil francos en papel del Estado que poseen también las dos gacetas. La garantía de tu mujer era inútil. Este susodicho señor Lecuyer ha venido esta mañana á ofrecirme el reembolso de la suma en cambio de una cesión en buena forma de los derechos con que tú me habías investido. La recolección de 1825, que tu suegra tiene en las bodegas de Lansrac, le basta para pagarme. Estas dos mujeres deben calcular que tú estás ya embarcado; pero te envío mi carta por un correo particular, á fin de que estés á tiempo aún de seguir los consejos que voy á darte. He hecho hablar á este Lecuyer. Por sus mentiras, por sus palabras y por sus reticencias he podido coger los hilos que me faltaban para rehacer la trama entera de la conspiración doméstica urdida contra ti. Esta noche, en la embajada de España, saludaré á tu suegra y á tu mujer, y les haré presente la admiración que me inspiran. Haré la corte á la señora Evangelista, te abandonaré cobardemente, diré de ti algunas injurias, aunque no demasiado fuertes, porque podrían comprender el lazo que le tiendo á ese diablillo con enaguas. ¿Qué has hecho para ponerla en contra tuya? Eso es lo que yo quisiera saber. Si hubieses tenido el talento de enamorarte de esa mujer antes de casarte con su hija, serías hoy par de Francia, duque de Manerville y embajador en Madrid. Si me hubieses llamado á tu lado cuando te casaste, te hubiese ayudado á conocer y á analizar á las dos mujeres con quienes ibas á unirte, y de las observaciones hechas en común hubieran resultado algunos útiles consejos. ¿No era yo el único amigo que estaba en disposición de respetar á tu mujer? ¿Era yo de temer? Después de haberme juzgado, esas dos mujeres me tuvieron miedo y nos separaron. Si tú no hubieras hecho estúpida-mente lo que hiciste conmigo, no te hubieran devorado. Tu

mujer ha contribuido al enfriamiento de nuestra amistad; estaba instruída por su madre, á quien escribía dos cartas á la semana, y tú no has sabido nada. Cuando supe este detalle reconocí perfectamente en él á mi Pablo. Dentro de un mes tendré bastante intimidación con tu suegra para saber la razón del odio hispano italiano que te profesa, á ti, el mejor hombre del mundo. ¿Te odiaba antes de que su hija amase á Félix de Vandenesse, ó ha procurado desterrarte á las Indias para que dejases á su hija tan libre como lo es en Francia una mujer separada de cuerpo y de bienes de su marido? Ahí está el problema. Ya te veo pataleando y rugiendo cuando sepas que tu mujer ama con locura á Félix de Vandenesse. Si yo no hubiese tenido el capricho de hacer un viaje por Oriente en compañía de Montriveau, Ronquerolles y algunos otros vividores que tú conoces, hubiera podido decirte algo de esa intriga que empezaba cuando yo me marché; yo veía ya entonces asomar los gérmenes de tu desgracia. Pero ¿podrá haber hidalgo bastante depravado para plantear semejantes cuestiones sin dar previamente indudables antecedentes? te dirás tú. ¿Quién se atrevería á perjudicar á una mujer, como hago yo? ¿Quién sería capaz de romper el espejo en que veía pintadas sus ilusiones uno de nuestros amigos, y en donde se complacía en contemplar los encantos de un matrimonio feliz? ¿No son las ilusiones la fortuna del corazón? ¿No era tu mujer, amigo mío, una mujer á la moda en toda la acepción de la palabra? No pensaba nada más que en el lujo y en las diversiones; iba á los Bufos, á la Ópera, al baile; se levantaba tarde, se paseaba por el bosque, comía fuera de casa ó tenía invitados en la suya. Esta vida me parece ser para las mujeres lo que la guerra para los hombres; el público no ve más que los vencedores y olvida los muertos. Si las mujeres delicadas perecen en este oficio, las que resisten deben tener organizaciones de hierro, y, por consiguiente, poco corazón y excelente estómago. Esa es la razón de la insensibilidad y frialdad de los salones. Las almas hermosas permanecen en la soledad, las naturalezas débiles y tiernas sucumben; no quedan, por lo tanto, nada más que las rocas que mantiene el océano social en sus límites dejándose golpear por sus olas, dejándose invadir; pero sin gastarse nunca. Tu mujer resistía admirablemente esta vida, parecía acostumbrada á ella, seguía siempre fresca y hermosa, y para mí la conclusión era fácil de deducir: ella no

te amaba, y tú la amabas como un loco. Para hacer brotar el amor en esa naturaleza de piedra, era preciso un hombre de hierro. Después de haber sufrido el choque de lady Dudley, la mujer de mi verdadero padre, Félix se dirigió á Natalia. No costaba gran trabajo adivinar que tú le eras indiferente á tu mujer. De esta indiferencia al placer no había más que un paso; y, tarde ó temprano, un nada, una discusión, una palabra, un acto de autoridad, podía obligar á tu mujer á dar ese paso. Yo podría contarte la escena que pasaba todas las noches en su dormitorio entre vosotros dos. Querido mío, tú no tienes hijos. ¿No dice mucho este hecho á un observador? Enamorado, tú no podrías aperebirte de la frialdad natural á una joven que tú estabas formando para Félix de Vandenesse. Aunque hubieses notado esta frialdad, estoy seguro que te hubieses callado y la hubieses atribuido á su inocencia. Como todos los maridos, creías poder mantenerla virtuosa en un mundo en que las mujeres se explican al oído lo que los hombres no se atreven á decir, y en que todo lo que un marido no le enseña á su mujer lo oye ésta especificado y comentado en las conversaciones en que las mujeres se ocultan el rostro con un abanico cuando comentan un proceso ó una aventura. Si tu mujer amaba los beneficios sociales del matrimonio, encontraba sus cargas demasiado pesadas. La carga, el impuesto, eres tú. No viendo nada de esto, tú mismo ibas cavando abismos y cubriéndolos de flores, y obedecías á la ley que rige á la mayor parte de los hombres, y de la cual había querido yo apartarte. Amigo mío, para ser tan estúpido como el hombre más vulgar engañado por su esposa, y que se asombra y se enfada al saberlo, no faltaba nada más que venir á hablarme de tus sacrificios, de tu amor por Natalia, y venir á decirme: Sería muy ingrata si me hiciese traición; yo hice esto por ella, y estotro, y haré más aún, iré por ella á las Indias, etc. Querido Pablo, ¿has vivido tú en París y has tenido el honor de ser amigo de Enrique de Marsay para ignorar las cosas más vulgares, los primeros principios que mueven el mecanismo femenino, el alfabeto de su corazón? ¡Exterminaos, id por una mujer á Santa Pelagia, matad veintidós hombres, abandonad siete mujeres, servid á Labán, atravesad el desierto, exponeos á ir á presidio, cubríos de gloria, negaos como Nelson á presentar batalla para ir á besar el escote de lady Hamilton, batid como Bonaparte al viejo Wurmser; haceos matar en el puente Arcole, delirad

como Rolando, rompeos una pierna entablillada para walsar seis minutos con una mujer!... Querido mío, ¿qué tienen que ver todas esas cosas con el amor? Si el amor se determinase por tales medios, el hombre sería demasiado feliz; algunas proezas hechas en el momento del deseo le darían á la mujer amada. El amor, Pablo, es una creencia como la de la inmaculada concepción de la santa Virgen. Ó se tiene ó no se tiene. ¿De qué sirve derramar sangre ó gastar las minas del Potosí, ni la gloria, para hacer nacer un sentimiento involuntario, inexplicable? Los jóvenes como tú que quieren ser amados por balance de cuenta, me parecen innobles usureros. Nuestras mujeres legítimas nos deben hijos y virtud, pero no amor. El amor, Pablo, es la conciencia del placer dado y recibido, la certidumbre de darlo y recibirlo; el amor es un deseo incesantemente conmovedor, é incesantemente satisfecho é insaciable. El día en que Vandenesse tocó en el corazón de tu mujer la cuerda del deseo que tú no supiste tocar, tus fanfarronadas amorosas, tus torrentes de cálculo y de dinero fueron relegados al olvido. Tus noches conyugales sembradas de rosas, ¡humo!; tu adhesión, ¡un remordimiento!; tu persona, ¡una víctima más que degollar ante el altar!; tu vida anterior, ¡tinieblas!; una emoción de amor borraba tus tesoros de pasión, que no eran ya más que morralla vieja. Félix tuvo todas las bellezas y todas las cualidades buenas imaginadas en un hombre, cualidades y bellezas que sin duda serían mentidas, pero en amor la creencia equivale á la realidad. Como es natural, tu suegra se ha puesto de parte del amante contra el marido; secreta ó patentemente, ha cerrado los ojos ó los ha abierto, no sé lo qué ha hecho, pero se ha puesto á favor de su hija y en contra tuya. Hace quince años que observo la sociedad y no conozco una madre que, en circunstancias análogas, haya abandonado á su hija. Esta indulgencia es una herencia transmitida de mujer en mujer. ¿Qué hombre puede reprochársela? algún redactor del código civil que ha visto fórmulas allí donde no existen más que sentimientos. La disipación originada por la vida de una mujer á la moda, tu carácter débil y tu vanidad, han contribuido á preparar los medios para desembarazarse de ti por medio de una ruina hábilmente concertada. De todo esto, amigo mío, se saca la consecuencia de que el encargo que me hacías y que yo hubiera cumplido tanto más gloriosamente por cuanto que yo hubiera servido de distracción, no tiene razón de ser.

El mal que había que prevenir ya se ha realizado, *consummatum est*. Perdóname, amigo mío, que te escriba á lo de Mar-say, como tú decías, sobre cosas que deben parecerle graves. Lejos de mí la idea de danzar sobre la tumba de un amigo, como los herederos sobre la de un pariente. Pero me has escrito, diciéndome que te convertías en un hombre de carácter, y yo te creo y te trato como político y no como enamorado. ¿No es para ti este accidente como el estigma del presidiario que le obliga á lanzarse á una vida de oposición sistemática y á combatir la sociedad? Ahora ya estás libre de un cuidado: el casamiento llamaba toda tu atención, y ahora ya posees el casamiento. Pablo, sabe que soy amigo tuyo en toda la acepción de la palabra. Si tú hubieses mostrado en un principio la energía que mostraste más tarde, yo te hubiera probado mi amistad haciéndote confianzas, por medio de las cuales hubieras podido andar sobre la humanidad como quien anda sobre una alfombra. Pero cuando hablábamos de las combinaciones á que debí yo la facultad de poder divertirte con algunos amigos en el seno de la civilización parisiense, como un gato en una tienda de loza; cuando te contaba en forma novelesca las verdaderas aventuras de mi juventud, las tomabas por verdaderas novelas sin ver su alcance. Por esta razón consideré tu amistad como una pasión desgraciada. Ahora bien, á fe de hombre, puedes creerme que en las circunstancias actuales desempeñas un papel hermosísimo y no has perdido nada en mi concepto. Si admiro á los grandes pillos, estimo y amo á los infelices engañados. Con motivo de aquel médico que acabó tan mal y que subió al patíbulo á causa de su amor por una querida, te conté la historia, rara también, de aquel pobre abogado que está en no sé qué presidio por una falsificación que hizo para proporcionar á su mujer (¡mujer á quien también adoraba como tú á la tuya!), treinta mil francos de renta; pero á quien su mujer denunció para desembarazarse de él y vivir con un querido. Tú y algunos necios que cenaban con nosotros prorrumpisteis en exclamaciones. Pues bien, querido mío, aparte el presidio, tú eres el abogado. Tus amigos no te guardarán en este caso la consideración que se te debe. La hermana de los dos Vandenesse, la marquesa de Listomere y toda su corte, en la que figura también el pequeño Rastignac, un mal sujeto que empieza á figurar; la señora de Aiglemont y su salón, en donde reina Carlos de Vandenesse, los Lenoncourt,

la condesa de Feraud, la señora de Espard, los Nucingen, la embajada de España, en una palabra, todo un mundo aristocrático te cubre de bochornosas acusaciones. Eres un mal sujeto, un jugador, un calavera, que te has comido estúpidamente tu fortuna. Después de haber pagado varias veces tus deudas, tu mujer, ¡un ángel de virtud!, á pesar de estar separada de bienes, acaba de pagar cien mil francos de letras de cambio. Felizmente, te has hecho justicia desapareciendo. Si te da por continuar aquí, la hubieses arruinado á ella y convertido en víctima de su abnegación conyugal. Cuando un hombre llega al poder, encierra en sí todas las virtudes que encierra un epitafio. Cuando cae en la miseria, tiene más vicios que los que tenía el hijo pródigo; no puedes imaginarte la infinidad de pecados á lo don Juan que te achaca el mundo. Jugabas á la Bolsa, tenías gustos licenciosos, cuya satisfacción te costaba sumas enormes, y cuya explicación exige los comentarios y rodeos de que tanto gustan las mujeres. Pagabas enormes intereses á los usureros. Los dos Vandenesse cuentan, riéndose, cómo Gigonnet te vendía por seis mil francos una fragata de marfil y la volvía á comprar otra vez por cien escudos á tu ayuda de cámara, á fin de volver á venderla; y cómo tú acabaste por deshacerla al apercibirte de que podías tener un verdadero bergantín con el dinero que te costaba. Este hecho le ocurrió á Máximo de Trailles hace nueve años; pero te sienta tan bien á ti, que Máximo ha perdido para siempre el mando de su fragata. En fin, no puedo decirte todo, porque eres motivo y objeto de una enciclopedia de chismes que las mujeres se interesan por agrandar. En ese estado de cosas todo el mundo aplaude los consuelos que tu mujer prodiga al conde Félix de Vandenesse, pues su padre murió ayer por fin. Ayer mismo, la señora de Camps me decía todas estas cosas en los Italianos.

»—No me hable usted—le respondí yo.—Ustedes no saben nada aún. Pablo ha robado en la Banca y ha abusado del Tesoro real. Ha asesinado á Ezzelín, ha matado á tres Medoras de la calle de Saint-Denis, y, os lo digo en secreto, le creo asociado con la banda de los Diez Mil. Su intermediario es el famoso Jacobo Collín, á quien la policía no ha podido echar mano desde que se escapó de presidio y á quien Pablo daba hospitalidad en su palacio. Ya ven ustedes que es capaz de todo; engaña al gobierno. Se han marchado los dos para trabajar juntos en las Indias y robar al gran Mogol.

»La de Camps comprendió que una mujer distinguida como ella no debía ocultar estos hechos. Al saber tales tragicomedias hubo muchos que se negaron á creerlas y que sostienen que son calumnias. Querido mío, Talleyrand dijo esta magnífica palabra: *Todo ocurre*. A decir verdad, ocurren en nuestra presencia cosas más asombrosas aún que ese complot doméstico; pero el mundo tiene interés en desmentirlas y en decir que son calumnias, y, por otra parte, esos magníficos dramas se desempeñan con tanta naturalidad y con un barniz de tan buen gusto, que muchas veces tengo que limpiar bien el cristal de mi monóculo para ver el fondo de las cosas. Pero, te lo repito, cuando un hombre es amigo mío, cuando hemos recibido juntos el bautismo del vino de Champagne y comulgado juntos en el altar de la Venus-Comodo, cuando hemos sido confirmados por los ganchudos dedos del fuego, y cuando este amigo mío se encuentra en una posición falsa, derribaría á veinte familias para ponerle derecho. En esto debes conocer que te amo; ¿te he escrito nunca, desde que somos amigos, carta tan larga como esta? No. Pues lee con atención lo que me resta que decirte.

»Pablo, tengo que dedicarme á escribir, tengo que empezar á acostumbrarme á minutar correspondencia. Me lanzo á la política. Dentro de cinco años quiero tener una cartera de ministro ó alguna embajada en donde pueda manejar los negocios públicos á mi gusto. Llega una edad en que la querida más hermosa á quien puede servir un hombre es á su nación. Me alisto en las filas de los que trabajan para derribar el sistema y el ministerio actual. En fin, navego en las aguas de un cierto príncipe que sólo es manco de un pie, y á quien considero como un político de genio cuyo nombre ha de pasar á la historia. Estamos afiliados á él Ronquerolles, Montriveau, los Grandlieu, La Roche-Hugón, Serisy, Feraud y Granville, y estamos todos aliados contra el partido clerical, como dice ingeniosamente el necio partido representado por *El Constitucional*. Queremos derribar á los dos Vandenesse, á los duques de Lenoncourt, de Navareins, de Langeais y á la gran bolsa. Para triunfar llegaríamos á unirnos, si fuese preciso, á Lafayette, á los orleanistas, á los de la izquierda, á gente que había que procurar degollar al día siguiente de la victoria, pues no hay gobierno posible con sus principios. Somos capaces de todo por la dicha del país y la nuestra. Las cuestiones personales son hoy tonte-

rias sentimentales que es preciso alejar por completo de la política. Bajo este punto de vista, los ingleses están más adelantados que nosotros. La política no debe tener entrañas. La política necesita dar impulso á la nación, creando una oligarquía que esté inspirada en un pensamiento fijo y que dirija los negocios públicos por una vía recta, en lugar de dejar que la sacrifiquen por mil conceptos, como venimos haciendo hace cuarenta años en esta hermosa Francia, tan inteligente y tan estúpida, tan loca y tan cuerda, y la cual necesita, más bien que hombres, un sistema. ¿Qué valen las personas tratándose de política? Si el fin es grande, si la nación vive más feliz y sin cuidados, ¿qué le importa á la masa del pueblo los provechos de nuestra gerencia, nuestra fortuna, nuestros privilegios y nuestros placeres? Yo, hoy, me encuentro redondeado: tengo ciento cincuenta mil francos de renta en papel al tres por ciento, y una reserva de doscientos mil francos para prevenir las pérdidas. Pero esto me parece aun poco para un hombre que pretende escalar el poder. Un acontecimiento feliz ha decidido mi entrada en esta carrera que me halagaba bien poco, pues ya sabes lo muy aficionado que soy á la vagancia. Después de treinta y cinco años de sueño, mi señora madre se ha despertado, acordándose de que tenía un hijo que podía hacerla feliz. Muchas veces, cuando se arranca una plantación de vides, algunos años después reaparecen algunas cepas á flor de tierra; pues bien, querido mío, aunque mi madre me había arrancado casi de su corazón, he vuelto á brotar en su cabeza. A los cincuenta años se considera bastante vieja para no poder pensar ya en más hombre que en su hijo. En estas circunstancias, mi madre ha encontrado en no sé qué establecimiento de aguas termales una deliciosa solterona inglesa que posee doscientos cuarenta mil francos de renta, y á la que la autora de mis días ha inspirado la audaz ambición de llegar á ser mi mujer. Una mujer de treinta y seis años, educada en los mejores principios puritanos, una verdadera gallina clueca que sostiene que las mujeres adúlteras debían ser quemadas públicamente.

»—¿Adónde iría usted á buscar la leña para la hoguera? —le pregunté yo;—porque destinándola á ese objeto creo que pronto se agotaría.

»Considerando que doscientos cuarenta mil francos de renta no son el equivalente de mi libertad, de mi valor físico

ó moral, ni de mi porvenir, la hubiera enviado á paseo. Pero es heredera única de un anciano gotoso, un fabricante de cerveza en Londres que, en breve plazo, tiene que dejarle una fortuna, igual por lo menos á la que ya posee hoy la muchacha. Además de estas ventajas, tiene la nariz amoratada, ojos de cabra muerta, un talle que me hace temer que se rompa en tres pedazos si se cae, y su aspecto es el de una muñeca mal pintada; pero, en cambio, es excesivamente económica, adorará á su marido, tiene la seriedad inglesa y administrará mi palacio, mis cuadros, mi casa y mis tierras mejor de lo que pudiera hacerlo el más hábil intendente. Vese en ella toda la dignidad de la mujer virtuosa, se mantiene derecha como un huso, y nadie me quitará la idea de que ha sido empalada y de que el palo se le ha roto dentro del cuerpo. Miss Stevens es, por otra parte, bastante blanca para que no resulte demasiado desagradable el hacer vida común con ella el día que no haya más remedio. Pero, ¡y esto sí que me disgusta! tiene las manos tan feás, tan sumamente rojizas, que no sé cómo podré arreglármelas para blanqueárselas, ni sé cómo lograré adelgazarle los dedos, que parecen morcillas. ¡Oh! por sus manos, pertenece indudablemente al gremio de fabricantes de cerveza, y á la aristocracia por su dinero; pero afecta con exceso los grandes modales, como acostumbran á hacer las inglesas ricas que quieren pasar por *ladys*, y en cambio, no oculta lo que debe sus patas de cangrejo. Sin embargo, tiene toda la poca cantidad de inteligencia que yo deseo en una mujer. Esta muchacha, que se llama Dinah, no será capaz de juzgarme, nunca me contrariará; yo seré para ella su alta cámara y su lord. En fin, Pablo, esta muchacha es una prueba irrecusable del genio inglés; es un producto de la mecánica inglesa llegada á su último grado de perfeccionamiento; indudablemente ha debido ser fabricada en Manchester, entre el taller de plumas Perry y el de máquinas de vapor. Es una máquina que come, que anda, que bebe, que podrá tener hijos, cuidarlos, educarlos admirablemente, y que desempeña tan bien el papel de mujer que cualquiera creería que lo es. Cuando mi madre hizo la presentación mutua, había montado de tal modo la máquina, había examinado tan bien los tornillos y ruedas, que no hizo ruido ninguno; después, cuando vió que yo no ponía muy buena cara, esta muchacha habló. Mi madre la ha pedido ya. Miss Dinah Stevens no gasta

más que treinta mil francos al año, y viaja por economía hace ya siete años. Tiene, pues, una segunda fortuna en dinero. El casamiento está ya tan adelantado, que las amonestaciones tocan á su término. Estamos, pues, en el *my dear love*. Miss me dirige unas miradas capaces de enternecer á un ganapán. Las bases del contrato están ya sentadas: mi fortuna no entra para nada en él, miss Stevens consagra una parte de la suya á constituir un mayorazgo en tierras que produzcan doscientos cuarenta mil francos de renta y á comprar un palacio que dependerá de dicho mayorazgo. La dote de que saldré responsable asciende únicamente á un millón. La niña no puede quejarse, pues yo le cedo íntegramente la fortuna de su tío. El buen fabricante de cerveza, que ha contribuido también á la constitución del mayorazgo, estuvo á punto de morir de alegría cuando supo que su sobrina llegaría á ser marquesa. Le creo capaz de hacer un sacrificio por un primogénito. Tan pronto como el papel se ponga á ochenta, realizaré mi fortuna y la invertiré en tierras. Dentro de dos años puedo tener cuatrocientos mil francos en rentas territoriales, y, una vez muerto el fabricante de cerveza, podré contar seiscientos mil. Ya ves, Pablo, que acostumbro á dar á mis amigos consejos que yo pongo en práctica. Si me hubieses escuchado, tendrías una inglesa, alguna hija de Nabab que te dejaría la independencia de soltero y la libertad necesaria para que pudieras arriesgarte á jugar el gran juego de la ambición. Si no estuvieses casado, te cedería mi mujer. Pero esto no es posible y no quiero contribuir á que te lamentes del pasado. Este preámbulo era necesario para hacerte comprender que voy á poder hacer la vida necesaria á los que ambicionan altas posiciones políticas. En lugar de irte á las Indias, te sería mucho más útil navegar conmigo por las aguas del Sena. ¡Créeme! París es aun el país donde brota con más abundancia la fortuna. El Potosí está situado en la calle de Vivienne ó en la de la Paz, en la plaza de Vendome ó en la calle del Rívoli. En cualquier otro sitio, para crearse una fortuna se necesita dedicarse á obras materiales, sudar uno á uno cada franco y hacer mil marchas y contramarchas. Aquí, cualquier hombre que tenga una mediana inteligencia tropieza con una mina de oro, haciendo vida regalada. ¿Encuentras un lugar del mundo en donde una buena idea, aunque sea muy estúpida, dé más dinero y sea comprendida más pronto que aquí? Si

yo llego á la cima, ¿crees que he de ser capaz de negarte mi protección, una palabra ó una firma? ¿No necesitamos los hombres de gran posición un amigo con quien podamos contar? La política es imposible sin un hombre de honor á quien se le pueda decir todo y que nos ayude en todo. He aquí, pues, mi consejo: deja partir al *Bella Amalia*, vuélvete aquí inmediatamente, yo te procuraré un duelo con Félix de Vandenesse, en que serás el primero en tirar y en que le matarás como si fuera un pichón. En Francia, el marido insultado que mata á su rival pasa á ser un hombre respetable y respetado. Nadie se burla de él. El miedo, querido mío, es un elemento social, un medio de imponerse á los más atrevidos. Yo, que tomo la vida como quien se bebe un vaso de leche, y que no he sentido nunca la emoción del miedo, he observado los extraños efectos producidos por éste en nuestras costumbres modernas. Los unos tiemblan ante la idea de perder los goces de que disfrutaban, y los otros ante la idea de dejar á la mujer amada. Las costumbres aventureras de otro tiempo, en que se miraba la vida con desprecio, ya no existen. La bravura de muchos es puro cálculo, basado en el miedo que se apodera de su adversario. Los polacos son los únicos en Europa que se baten por el placer de batirse; cultivan aún el arte por el arte, y no por especulación. Mata á Vandenesse, y tu mujer temblará, tu suegra temblará, también el público hará lo mismo, tú te rehabilitarás y harás pública tu insensata pasión por tu mujer, y todo el mundo te creará y te convertirás en un héroe. Tal es Francia. Contigo ya sabes que no miro cien mil francos más ó menos; pagarás tus principales deudas, detendrás tu ruina vendiendo tus propiedades á retroventa, toda vez que no tardarás en tener una posición que te ha de permitir reembolsar á tus acreedores antes de terminar el plazo. Una vez que hayas conocido el carácter de tu mujer, la dominarás con una sola palabra. Amándola no podías luchar con ella; pero dejando de amarla tendrás una fuerza insuperable. Yo te devolveré á tu suegra blanda como un guante, pues se trata de recuperar los ciento cincuenta mil francos de renta que esas mujeres te han estafado. Renuncia á la expatriación, que me parece una locura. Si te marchas, ¿no confirmas con tu conducta las calumnias? El jugador que va á buscar dinero para volver al juego, lo pierde todo. Es preciso guardar el dinero, una vez adquirido. Me haces el mismo efecto del que va á

buscar dinero fresco á la India. Si sigues en tu determinación, malo. Nosotros somos jugadores del gran tapete verde de la política y entre nosotros el préstamo es obligado. Toma, pues, un coche, vuélvete á París y empieza de nuevo la partida; con Enrique de Marsay por ayudante la ganarás, pues Enrique de Marsay sabe querer y sabe odiar. Examina bien nuestra situación. Mi verdadero padre forma parte del ministerio inglés. Adquiriremos relaciones en España por medio de las *Évangelista*; pues una vez que tu suegra y yo hayamos medido nuestras garras, ella se convencerá de que nada puede hacer contra una fuerza superior. Montribeau es teniente general y llegará á ser un día ministro de la Guerra, dado el ascendiente que su elocuencia le dará sobre la cámara. Ronquerolles es ministro de Estado y forma parte del consejo privado. Marcial de la Rouche-Hugón ha sido nombrado ministro plenipotenciario de Alemania y par de Francia, y nos trae como dote al mariscal duque de Carigliano y á todos los restos del Imperio que se han afiliado tan estúpidamente al partido de la Restauración. Serisy maneja el consejo de Estado, en donde ha llegado á hacerse indispensable. Grandville es el eje de la magistratura, á la cual pertenecen sus dos hijos; los Grandlieu están muy bien relacionados en la corte; Feraud es el alma de la camarilla Gondreville, compuesta de bajos intrigantes que están siempre en el poder sin que yo sepa por qué. Apoyados de este modo, ¿qué tenemos que temer? Tenemos un pie en todas las capitales, un ojo en todos los gabinetes, y manejaremos la administración sin que nadie lo sospeche. ¿Vale algo la cuestión del dinero comparada con esas grandes maquinaciones políticas? ¿Vale algo una mujer? ¿Seguirás siempre siendo un estudiantillo? Cuando una mujer es la vida de un hombre, ¿qué es la vida? una galera de cuyo mando carecemos, que obedece á una brújula rota, pero no sin imán; una galera que es gobernada por vientos contrarios y donde el hombre es un verdadero galeote que ejecuta, no sólo la ley, sino también los mandatos del sotacómitre. Comprendo que por pasión ó por el placer que se experimenta transmitiendo su fuerza á manos blancas, se obedezca á una mujer; pero, ¿obedecer á Medor?... en ese caso prefiero romper con Angélica. El gran secreto de la alquimia social, querido mío, es sacar todo el partido posible de cada una de las edades que atravesamos, conservar todas las hojas en la

primavera, todas las flores en verano y todos los frutos en otoño. Algunos vividores y yo nos hemos divertido durante doce años como mosqueteros negros, grises y rojos, sin privarnos de nada; ahora vamos á ponernos á sacudir los frutos maduros en la edad en que la experiencia ha dorado las mieses. Vente con nosotros y tomarás parte en el *pudding* que vamos á cocinar. Ven en seguida, y encontrarás siempre un amigo en

»ENRIQUE DE MARSAY.»

En el momento en que Pablo de Manerville acababa esta carta, cada una de cuyas frases era como un martillazo dado sobre el edificio de sus esperanzas, de sus ilusiones y de su amor, se encontraba al otro lado de las Azores. Al considerar su dicha reducida á escombros, se apoderó de él una rabia fría é impotente, y se dijo:

—¿Qué les he hecho yo?

Esta pregunta es la pregunta de los necios, la pregunta de las gentes débiles que no saben ver nada ni pueden prever nada. Después, exclamó:

—¡Enrique, Enrique! amigo fiel.

Cualquiera otro hombre se hubiera vuelto loco; Pablo fué á acostarse y durmió con ese profundo sueño que sigue á los inmensos desastres y que se apoderó de Napoleón después de la batalla de Waterlío.

Paris, septiembre-octubre de 1833.

## UN DEBUT EN LA VIDA

Á LAURA

Que el alma grande y modesta que me ha sugerido esta obra, la considere digna de sí.

En una época no muy lejana, los caminos de hierro tienen que hacer desaparecer ciertas industrias, modificar algunas otras y, sobre todo, las que conciernen á los diferentes modos de transporte empleados hoy en los alrededores de París. Así es que las personas y cosas que toman parte en esta obra, no han de tardar en darle el mérito de que ofrezca elementos para un estudio arqueológico. ¿No han de gustar nuestros nietos de conocer el material social de una época que denominarán el tiempo viejo? Las pintorescas diligencias que se estacionaban en la plaza de la Concordia, impidiendo el paso por el Cours-la-Reine, las diligencias tan florecientes durante un siglo y tan numerosas aun en 1830, no existen ya; y, en 1842, y en la mas atractiva solemnidad campestre, apenas se percibe una en la carretera. En 1820, no todos los lugares más celebrados por su hermosa perspectiva, denominados *Alrededores de París*, poseían ya un servicio regular de diligencias. No obstante, los Touchard, padre é hijo, habían sabido conquistarse el monopolio de este servicio á las ciudades más populosas, en un radio de quince leguas; y, para la administración de él, tenían un magnífico establecimiento situado en la calle del Arrabal Saint-Denis. Á pesar de su antigüedad, de sus esfuerzos, de su capital y